

ANGÉLICA S. ARZA DE BOUSQUET

Universidad Católica Argentina

Una perspectiva del saber y de la fortaleza en el héroe unamuniano a la luz de Josef Pieper

Un conocido periodista de los '80 comienza su libro "El retorno del coraje" con esta frase: "El coraje para morir y el coraje para levantarse por la mañana: éstos son los dos únicos que importan"¹. Con reminiscencias del platónico "aprender a morir" y con la urgente necesidad post-moderna de llenar el vacío que abren el tedio, la "caída de los grandes relatos" y las epidemias de depresión, esta frase resume dos rasgos que son familiares a los que, empapados en la cultura de siglos, conocen la tradición cristiana y su cultivo de las virtudes. La virtud de la fortaleza, por mucho tiempo desdibujada y reducida a la mínima expresión del héroe justiciero, que con gestos grandilocuentes y a veces en un único acto de entrega e inmolación fija la imagen del fuerte por toda la eternidad, se abre paso ahora, quizás en una versión débil y desarraigada, para reclamar el lugar que le corresponde en la formación de los seres humanos para una vida mejor. Se hace necesario ahora desarrollar la capacidad de hacer frente al *stress* cotidiano de las grandes urbes, superar los reveses infligidos por la competencia desmedida y desencuadrada de su razón de ser —el bien común—, y se reaviva la necesidad, señalada hasta por Freud, de hacer frente al Destino y a la Naturaleza, que depara finitud y dolor, recurriendo a sinnúmero de técnicas y filosofías de procedencias y valor dispar. El progreso indefinido ha demostrado no ser tal. Y la ética indolora también comienza a mostrar sus fisuras. Son numerosas las voces que se alzan para dar ánimo a multitudes sin rumbo. La exigencia de un nuevo orden se manifiesta asimismo en el debate ético, que aflora en todos los ámbitos: nos planteamos qué hacer con la corrupción política, si es lícito cambiar protección medio-ambiental por fuentes de trabajo, buscamos las mil y una maneras de transmitir valores

¹ SERVAN-SCHREIBER, J. L., *El retorno del coraje*, Bs. As., EMECE, 1988.

en educación, las grandes empresas contratan "gurús" para sopesar sus movimientos desde la perspectiva ética, y extensas discusiones mediáticas se instalan acerca de cambio de sexo, eutanasia, aborto o clonación. El poder que ha adquirido el hombre a lo largo del tiempo le quema en las manos, y a fuerza de desilusión y desencanto, se vuelve, a los tumos, bien o mal, hacia las antiguas fuentes.

El grandioso trabajo de Pieper en "*Las virtudes fundamentales*", justamente tiene la peculiaridad de exponer, con aplomo, con serenidad, con frescura, y con un asombroso sentido de lo cotidiano y de los repliegues del alma humana, la sabiduría siempre nueva a pesar de los siglos. Sus reflexiones resultaron sumamente valiosas para nuestro estudio de la figura del héroe en el pensador español Miguel de Unamuno (1864-1936), en la cual el saber y la fortaleza tienen una especial y particular relevancia.

En la obra unamuniana, el nombre de héroe podría extenderse a todo hombre, en cuanto la condición humana consiste en la lucha contra un destino que le es hostil. Esta intuición del autor se constituye en un motivo central, cuya estructura se reitera bajo el aspecto de la búsqueda infructuosa del sentido del universo ante la negatividad de la naturaleza, que se le presenta como impenetrable lugar de su destierro. Por otra parte, Unamuno describe con tal fuerza y crudeza la tensión agónica que alberga el corazón humano, que no se puede dejar de universalizar esta caracterización de *heroica* a toda persona que ose cuestionarse a sí misma y hallar vías de acción en un universo silente. El héroe camina permanentemente por la cornisa de la incertidumbre, oscilando entre el vacío y la nada de la aniquilación total; y el éxtasis, en el que la autoconciencia se pierde en la plenitud del Todo.

Si sondeamos históricamente el sentido del término, el héroe es, en su origen, producto de la ficción. Es un ser fantástico, mitad hombre, mitad dios, con el poder y las limitaciones de uno y otro en tensión. Aunque ficticio, refleja el conflicto inherente a su doble dimensión, conflicto del cual también participa el resto de los mortales, porque existe en todo hombre algo divino que alienta sus aspiraciones de trascendencia y porque para él también, como el resto de los hombres, la existencia terrena tiene la muerte como límite. Pero lo específico del héroe, más allá de su naturaleza, humana o híbrida, es su fortaleza, su valor para dar el paso hacia la concreción de esos sublimes anhelos, en especial la inmortalidad, conquistar lo desconocido, atreverse a traspasar los límites impuestos por el sentido común, la comodidad, la prudencia o los propios defectos, corriendo el riesgo de perderlo todo, aún la vida, en el intento. La muerte, fundamentalmente, se constituye en su mayor obstáculo. Por esto, es frecuente que el héroe esté ligado a la dimensión de lo trágico, hallándose en situaciones que no ofrecen posibilidad alguna de resolución satisfactoria. El origen del vocablo, radicado en la mitología, de

algún modo arrastrará consigo la carga de utopismo que corresponde a toda lucha por un ideal imposible. Aún cuando con el término se designe simplemente a un ser humano, a algún personaje ilustre, reconocido por su virtud, encargado de liderar los destinos de los otros, y que pertenece ya indudablemente a la realidad humana e histórica, la tensión hacia lo ideal-utópico está siempre presente, así como, aún entre ambivalencias y errores, la presencia de un corazón puro y una voluntad fuerte.

Los rasgos comunes a la extensa galería de héroes aportados por la leyenda, la literatura y la historia de los pueblos, así como las elaboraciones filosóficas del término, se condensarán en la, a nuestro criterio, sintética pero acertada definición de heroísmo de Gustave Thibon: "saber correr los grandes peligros para realizar las grandes cosas"². Es en este último sentido entonces, en el que tomaremos el término como punto de partida para luego señalar muy sucintamente algunas de las connotaciones y propiedades que Unamuno atribuye a su propia idea de héroe, intentado, al describirlo, demostrar en qué grado o sentido se ajusta a, o difiere de esta definición.

Debemos aclarar que tomaremos para este análisis, fundamentalmente, el modelo propuesto en la última etapa del pensamiento de Unamuno, delineado ya y justificado en *Del sentimiento trágico de la vida* (1923), obra de su etapa agónica, y encarnado en el personaje principal de la novela *San Manuel Bueno, mártir* (1931), por considerar esta última obra, de la etapa nadista, como la cristalización definitiva de su cosmovisión³. Hacemos esta aclaración puesto que en el desarrollo de *Del sentimiento...*, Unamuno, al describir al héroe, está haciendo referencia a Don Quijote, y así lo proclama como prototipo del héroe español. En nuestro estudio consideramos los conceptos básicos de la descripción del héroe expuestos en *Del sentimiento...*, para analizarlos luego en San Manuel quien, a nuestro criterio, se constituye en la figura arquetípica final y definitiva de héroe en la obra de Unamuno.

A partir de la glosa de la definición de héroe de Thibon, tendremos en cuenta los tres elementos que la componen y que nos guiarán en nuestro trabajo, marcando ejes para el análisis: el saber, el correr los grandes riesgos y la finalidad de realizar las grandes cosas. En cuanto al primer elemento, el saber, en el héroe propuesto por nuestro autor se advierte fuertemente y desde su origen mismo, la búsqueda de sentido. Esta búsqueda no se ve satisfecha por lo que la razón le muestra —finitud, muerte y falta de finalidad de la existencia— por lo que intenta dotar de orientación a su vida por medio del sentimiento y la voluntad, que en su infi-

² FOULQUIE, P., *Dictionnaire de la langue philosophique*, Presses Universitaires de France, Paris 1962, 1^a edic.; THIBON, G., *Echelle du Jacob*, p. 158: "Le héroïsme vrai consiste à savoir courir de grands dangers pour réaliser des grandes choses".

³ Así lo afirma CIRIACO MORON ARROYO, al caracterizar esta obra como de "total recall", resumen e inventario de las ideas unamunianas. En: *San Manuel Bueno y el sistema de Unamuno*.

nito anhelo de vida sin fin, marca el rumbo. Esta resolución defectuosa genera la necesidad de un ejercicio atípico de la virtud de la fortaleza, a raíz del conflicto interior suscitado. Decimos defectuosa porque Unamuno pone el énfasis en el acto de la voluntad y el amor antes que en el de conocer. En una postura realista, sucede a la inversa. Como refiere Pieper analizando a Santo Tomás⁴, la participación del que ama en el amado tiene lugar en el conocer, no en el ansia anterior ni en el gozo posterior a esa posesión. La quietud está en el conocer, no en el querer, dado que por el conocimiento el amado se hace presente al amante. Pero por otra parte, Pieper señala que no es este mero ver el que hace feliz, sino el hecho de ver lo que se ama. Lo distintivo de la contemplación es este impulso del amor que hace que perciba, que descubra al amado. En su intento por diferenciarse claramente del racionalismo, Unamuno se encastilló en una posición lapidaria y parcial. Creemos que más allá de su verborrágica virulencia, es probable que, al menos en su "mitad realista", secretamente concibiera la contemplación como un "percibir amante", como "visión del amado", según la definición de Pieper⁵.

Según Unamuno, nuestras doctrinas son elaboraciones surgidas de nuestra necesidad de justificar y explicar nuestra forma de actuar, que nace de un sentimiento. Busca la verdad dentro de sí, hallándola de alguna manera ya configurada en un modo, en un *talante*, al decir de Aranguren⁶. Recordemos que ya desde tiempos anteriores a Aristóteles se señalaba la relación entre este "fondo endotímico", -en palabras de P.-Lersch-, y el modo de ver el mundo y se advertía una particular coincidencia: allí donde había más conciencia, se producía un estado de melancolía y tristeza, que, en un primer momento fue considerado patológico, pero que luego fue reivindicado como uno de los rasgos propios de quienes se asomaban a los estadios superiores de sabiduría.

Así, en el hermético texto *Problema XXX*⁷, atribuido a Aristóteles, se plantea la cuestión de por qué motivo todo hombre excepcional, destacado en el pensamiento, en las artes o en la política, es claramente melancólico. Y luego de explicaciones acordes al desarrollo científico de su época, concluye que todo hombre de genio es melancólico por naturaleza, no por enfermedad. En la última página de *Del sentimiento...*, Unamuno recuerda una frase de Giordano Bruno: "El amor heroico es propio de las naturalezas superiores llamadas insanas -insane-, no porque no saben -non sanno-, sino porque sobre-saben -soprasanno-"⁸. Así como para Aristóteles la amistad solo es posible entre hombres virtuo-

⁴ PIEPER, J., *El ocio y la vida intelectual*, Madrid, RIALP, 1979, p. 295.

⁵ Idem, p. 299.

⁶ ARANGUREN, J. L., *Catolicismo y protestantismo comparados como formas de existencia*, Madrid, Revista de Occidente, 1963.

⁷ Véase Aristóteles: *El hombre de genio y la melancolía*, Barcelona, Ed. Quaderns Crema, 1996.

⁸ UNAMUNO, M.: *Del sentimiento trágico de la vida*, Bs.As, Ed. Losada, 1977, p. 285.

sos, para Unamuno la sabiduría está ligada a un estado que sobrepasa lo normal: sólo el lúcido puede llegar a tomar conciencia de la problemática de lo real, y sólo quien capta la tensión y la contradicción en el corazón del ser puede amar, no con un amor vulgar, sino heroico, es decir, capaz del mayor sacrificio. Retomando el tema del ánimo melancólico, encontramos que Josef Pieper nos refiere un enigmático y, a su criterio, sorprendente —dada la apertura al mundo y el optimismo propios del Aquinate— comentario de Santo Tomás (S.T. 2-2, 9, 4), en el cual refiere este estado del alma:

“el saber que realmente penetra en las cosas creadas va acompañado de una tristeza de abismo; insuperable tristeza de la cual no hay fuerza natural alguna, ni del entendimiento ni de la voluntad, que sea capaz de librar al hombre (y tristeza de la que se nos dice en el Sermón de la Montaña: bienaventurados los tristes, porque ellos serán consolados)”⁹.

Pues bien, en Unamuno este estado tiñe toda su filosofía, que no tendrá otra obsesión que desentrañar el enigma de la Esfinge, como gusta llamar al misterio del sentido de la existencia. El saber enfrenta a la Nada, y la Verdad, aniquila. Si del otro lado del muro se encontrara el Todo, también esto significaría aniquilación, dado que engecece y disuelve toda identidad.

¿Cuáles son los peligros que corre nuestro héroe? Veremos que no se enfrenta a amenazas a su integridad o continuidad física, sino a fantasmas de otra índole: la angustia provocada por la conciencia del dolor y el sin sentido, la fascinación por la nada que encierra la tentación del suicidio, el engaño de sí mismo y por tanto el de los otros, son posibilidades ciertas, a las cuales se agregan el riesgo de la contradicción y la alienación. Particularmente relevante en Unamuno es el riesgo de creer en una ilusión, por lo que desarrolla su filosofía quijotesca en defensa de lo que tal vez no sea más que un sueño, al punto que podría asumir nuestro pensador el papel del imaginario objetor que Freud coloca como interlocutor en *El porvenir de una ilusión*.

El héroe San Manuel-Don Miguel, (porque el mismo Unamuno es su personaje), campeón de un muy *sui generis* “como si”, puede ver que el vaticinio freudiano del derrumbe de “todo un mundo” mantiene su amenaza desde la Nada, pero, desengañado de la ciencia mal entendida y esgrimiendo el arte como una espada, opta por sostener la única fe posible, tal como la que atribuye a Pascal, y con ella, el mandato de “amar a tu prójimo como a ti mismo”. Otra vez aquí viene en nuestro auxilio Pieper, señalando que para “el que sabe”, es especialmente difícil creer,

⁹ PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Madrid, RIALP, 1988, p. 189.

recordando que Santo Tomás lo ubica junto al mártir (2-2.2.10 ad 3) Y continúa afirmando que quien analiza críticamente los contenidos de la fe no puede evitar la consideración de los argumentos en contra, afirmando:

“Tampoco frente a los propios argumentos racionales hay más posibilidad de resistencia que la defensa; por tanto, no el ataque, sino el mantenerse firme. Y hay que preguntar si, a lo largo de algún tiempo, no podría llegar a ser inevitable que este resistir y mantenerse firme tuviera que realizarse, como en el caso del martirio, en la forma de una indefensión silenciosa”¹⁰.

¿Cuáles son esas grandes cosas que desea realizar nuestro héroe? Él quiere nada más y nada menos que ser eterno, y no sólo eso, sino serlo todo, conquistar la eternidad “haciéndose un alma”. Pero sólo el Amor es capaz de vencer lo transitorio, efímero y vano del mundo, llenando el vacío, y, con su carácter personalizador, eternizar la vida. En el fondo del amor existe la desesperación, el dolor de saber que todo acaba, pero justamente desde ese abismo surge el consuelo y la esperanza. Asimila Unamuno el amor a la compasión: mientras el amor del cuerpo busca el goce y la perpetuación, el amor del alma se une en la pena. El amor se expresa en la muerte de sí mismo para renacer en otro. “Vivir es darse, perpetuarse, y perpetuarse y darse es morir (...) Nos unimos a otro, pero es para partírnos”¹¹.

Y aquí también Pieper nos ayuda a dar fin a esta breve reseña acerca del héroe unamuniano, con las mismas palabras con que cierra su tratado de las virtudes:

La “perfección” en la caridad puede, por tanto, significar muy bien que el Eros, si quiere conservar su impulso originario y seguir siendo verdadero amor, sobre todo si quiere lograr esa “eternidad” por la que suspira con la más ardiente pasión, tiene que transformarse desde sus raíces, y que esta transformación equivale probablemente a pasar a través de una especie de muerte.

Cuando el hombre reflexiona atenta y silenciosamente sobre su amor, descubre que estos pensamientos no le son nada extraños. Dice San Agustín que la caridad, al hacernos de nuevo y rejuvenecernos, nos acarrea también en cierto sentido la muerte (...). Y éste es también el sentido de esas expresiones en las que, en lenguaje figurado, se llama a la caridad un fuego, porque todo lo consume y transforma.

Por tanto, es algo más que una piadosa bagatela lo que los cristianos dicen cuando rezan: “Enciende en nosotros el fuego de tu amor”¹².

¹⁰ PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, 3ª edición, Bogotá, RIALP, 1988, p. 354.

¹¹ UNAMUNO, M., op. cit., p. 121.

¹² PIEPER, J., op. cit., p. 551.